

Sombras ocultas: Pizarnik envuelta en sí

MATEO ORTIZ GIRALDO¹

*Solo un nombre
alejandra alejandra
debajo estoy yo
alejandra
(Pizarnik, 1990)*

1. Proemio

Una gota se estalla sobre el tejado. Una página se disuelve. Nadan en ese muro de palabras los deseos, las angustias, los silencios y la garganta quemada por el cigarro. Cae otra gota. Ahora el ritmo es más rápido: el de las páginas y el de la lluvia. Se aceleran los días, se achican las semanas y sin saber cómo ni cuándo pasan años: la niña le mira la cara a la mujer, atrevida y fatal como la de un personaje de Molière. Antes de la lluvia, 18 años; después del diluvio, 35. No es mucha la diferencia, los temas siguen circundando las mismas zonas, sigue habiendo las mismas sombras. La lluvia moja al libro; Alejandra-tormenta, Alejandra niña salida del moho de la biblioteca.

Alejandra Pizarnik, en últimas. La dueña de estas más de mil páginas, la dueña de mi sonrisa desleída, pero sonrisa al final.

Acercarse a la lectura de un diario es, quizás, “darle forma la nada” o “unir los puntos de la ausencia”, como dice la poeta Margarita Lozada (2013) en su poema *La telaraña*. Con Pizarnik y sus *Diarios* (2016) ocurre en la vía contraria: se trata de aproximarse al *absoluto* y darle una forma a ese elemento amplio y ojeroso; es destejer los puntos que unen a su ausencia para adentrarse en la maraña de seres que pueblan un cuerpo: Flora, Alejandra y Pizarnik. Flora cuando se piensa niña y “dueña del jardín”, Alejandra cuando se sabe joven, vital y encaprichada con la vida, y Pizarnik cuando no se sabe ni se piensa sino que se habita, brillante, genial y, quizás, como dice César Aíra (1998) cuando se recorre como la “última poeta”.

De allí el interés de este texto, donde las afirmaciones son mías y las aseveraciones prestadas al sentimiento. En él sostengo premisas absurdas pero necesarias para mí: Pizarnik convive, persiste y batalla con sus sombras, no las jungianas sino las que nacen de las pulsiones vitales: muerte, amor, infancia, tiempo y espejos; y las que se originan en la literatura: Lautremont, Proust (1913, 2016), Vallejo, Rimbaud

¹ Estudiante de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. Correo electrónico: mateoortizgiraldo96@gmail.com



y Breton. En conjunto, una vida entera de lecturas y momentos. Todo se vacía, todo se contiene y todo se desborda. La vida y la literatura o mejor la vida y la poesía; para no decirme menos. Quizás caiga en lugares comunes pero ello no me preocupa, pues en Alejandra Pizarnik el lugar común es una nueva forma de llegar a un lugar, de sentirlo, de limitarlo y, al tiempo, de desentenderlo y verlo como una extrañeza.

2. La pequeña niña del reloj

Hacer dicotomías o tricotomías, y así hasta el infinito de subdivisiones, es una labor reduccionista y azarosa: dividir para vencer, para desentenderse de los *completos*; pero al tiempo es necesario: desde Platón hasta Ferdinand de Saussure, ocurre. Así pues, el alma y el cuerpo están divididos, el signo es bipartito o tripartito y las especies aún más separadas en Darwin. Dividir para vencer o dividir para entender. En este

caso, la segunda: dividir a Pizarnik en dos para comprender lo que yo quiero comprender. Comprender sus sombras, la que se ciernen sobre su obra. Primero, miro la sombra que más está manifiesta en sus diarios, la vital, la que nace de las pulsiones que a mí se me hacen básicas o complejas, en su vida: muerte, amor, infancia, tiempo y espejos.

Esos cinco sustantivos no son únicos para la autora, por el contrario, son constantes en la literatura. Bien es conocido en Borges su fascinación y terror por los espejos, por el sujeto fragmentado y por el lío de la identidad; también se puede exaltar la constante relación amor-muerte (relación eros-tánatos) en las piezas de Chejov o Tolstoi; la infancia y sus autoficcionalización en Coetzee (2009) y la contemplación del tiempo en Proust. En esa afirmación no hay nada nuevo pues Pizarnik solo atiende a esas preocupaciones primigenias de los humanos, aun así, ello no significa que no sea digno voltear la mirada a su diario para hallar esa aliteración de temas.

Aíra (1998) propone que la obra de un poeta, cuando sigue vivo, tiene la posibilidad de ampliarse constantemente en temas, se enriquece y llega a poseer un *stock* muy amplio. Por otra parte, cuando el poeta muere, los temas llegan hasta ahí, la muerte los corta. Alejandra Pizarnik, según él, logra algo diferente pues desde el inicio mismo de su escritura ya tenía unos temas delimitados. Aíra habla sobre su poesía, pero en los diarios es igual. En esta proporción los diarios amplían la obra poética, a pesar de la censura a la que Myriam Pizarnik, hermana de la autora, los sometió. Desde el 23 de septiembre de 1954 fecha de la primera entrada del diario, hasta el 4 de diciembre del 1971, última fecha, habló una y otra vez de los mismos temas.

La muerte: la propia, la que nace de su mano y busca darle fin a su vida, por absurda y por llena de vitalidad, la muerte de su padre, la muerte de sus amigos, la muerte de la dicha, la muerte del sentido y de la alegría. *El amor*: a la literatura, a sus amantes, al cigarro y la ceniza que parecen cadáveres enterrados. *La infancia*: la de esa niña que se llamaba Flora y era dueña del jardín, la de la ínfima infanta que vivía en un reloj cucú, la de su hermana, la infancia de silencios y desarraigos, de sonrisas y canciones en el parque, de lecturas apasionadas y olvidos constates, pero también la infancia del mundo, la edad más asombrosa de todos los humanos donde la maravilla aún existe sin temores de la madurez... la infancia que también vivió Cortázar, solitario y lector, la infancia que es el origen del arte. *El tiempo*: ese que es de Cronos y el que crea Kairós, se pregunta por los años transcurridos y la inutilidad de los mismos, se cuestiona una y otra vez por la función de su cuerpo en virtud de los años; su vida está supedita al reloj aunque su mente habite un tiempo dislocado, múltiple y sin normas. *Los espejos*: el problema de identidad, del desdoblamiento de sí misma sobre ella para crear, un espejo donde se mira no para juzgarse o sentir lástima, sino para observarse con desinterés y, a partir de esa Alejandra vista, crear su obra.

El primer día de su diario narró un hipotética conversación en el Jockey Club y de allí describe su “comprobación súbita de la imposibilidad de fijar cualquier cosa” (Pizarnik, 2016, p. 16). El último recreó la figura de la alarma como “el arma del poeta” (Pizarnik, 2016, p. 981). Dos momentos de su vida. El final de la adolescencia apresurada y asustada por no poderse concentrar y una madurez alarmada además de alerta. Dos días donde resumió sus preocupaciones: la vida y la poesía. Ella misma con sus sensaciones.

Ella misma, una niña habitante de un reloj que es el tiempo, que son los poemas y que es ella misma inserta en su entraña.

3. La coleccionista de páginas de huno

Junto a esa niña en miniatura metida en el reloj, habita una fatigadora de lecturas y habitante de algunas páginas. Ésta es la Alejandra que se sumerge en jornadas largas pero, como ella dice, a la postre infructuosas, de lectura. Durante los primeros año del *Diario*, emprende la labor de leer *En búsqueda del tiempo perdido* de Marcel Proust, esa heptalogía que desde *Por el camino del Swann* (1913) hasta *El tiempo recobrado* (2016), de dicho escritor, es un viaje de observaciones sensibles acerca del entorno del autor. En este aspecto es donde reside esa otra sombra larga que revolotea en torno a Pizarnik.

El lugar común dice que Pizarnik es una autora surrealista; quizás sí lo es, pero transgrede la norma surrealista. Este movimiento literario, que se transformó en un estilo de vida para sus participantes, tenía una reglas a las cuales atender y salvo, por la formas sobrepuestas y disolutas (y no por ello menos fuertes) de sus poemas, Alejandra sobrepasó sin precaución todas. En su diario es posible divisar cómo su creación artística estaba enlazada a otras dimensiones, el mundo onírico era un referente pero habitarlo le generaba zozobra y molestia. Sentía en la inestabilidad del piso de los sueños, el origen de sus molestias salía de sus pesadillas hasta, sudorosa y profundamente confundida.

Pizarnik, si se le mira desde sus *Diarios*, halla en los autores más cercanos a ella una forma de estar en el mundo y de comprender ciertas realidades a las que el

poeta se enfrenta. Por ejemplo, dos de los autores canónicos de la literatura surrealistas, que Pizarnik adopta como propios, exponen esa vena abierta que llega a ser el convivio “poesía-vida”. Lautremont (1913), el conde, no logra la obra (*Los cantos de Maldoror*) hasta abandonar la vida; Rimbaud (2016), *l'enfant terrible*, llega a la vida una vez abandona la obra. Allí está el juego constante de una sombra que rodea a la poeta: vida y obra, vida u obra. Vivir para la obra es abandonar la vida misma y esa opción, para un ser tan vitalista como Pizarnik, es, por lo menos, desfachatado o mediocre. Vivir sin la obra o dejarla a un lado, es un choque complejo y divisorio; ella es su obra, por tanto abandonarla es abandonarse.

Así pues, tomando el ejemplo de sus autores más queridos, optó por transformar su vida en obra, en su obra. De esta manera, gracias a sus *Diarios*, es posible divisar cómo cada parte de su vida es metaforizada en una pieza poética. Transforma su existencia en una constatación tensión creativa que deviene en una fuerza de tormenta, la cual llegó derrumbar paradigmas literarios. El diario, en sí mismo, es una propuesta de cambio, una visita a otras formas de habitar el cuerpo.

Por último, en ese aspecto de las lecturas de Pizarnik, es posible rastrear la presencia constante de César Vallejo. La figura del lánguido pero vivísimo peruano que derrama su angustia en poemas penetrantes y terribles al tiempo. Cuando leo las descripciones que hace Pizarnik de sus lecturas de Vallejo, siento la necesidad de volver a esa antología que palpita en mi biblioteca personal. Esto pasa con Pizarnik, cuando describe su relación con un autor o uno termina amándolo sin haberlo leído o deseándole más, cuando uno ya ha tenido cercanía con él.

4. La mujer que mira

Alejandra, terrible y huesuda mujer. Sigues mirándome desde todas partes con esa carita de niña desolada pero conocedora del vacío. Me observas cuando te leo, me desnudas con tus angustias tan mías, tan nuestras. De esa forma Pizarnik se envuelve a sí misma: transformándose en una sombra de sí, una sombra pegachenta que se adhiere a uno: con sus autores, lecturas, amores, temores, deseos, pasiones, cigarros y desgarro continuos de los días. Del día que termina tras esta colina. De los días que cayeron sobre ella al final de su vida. Esos días, como el de hoy, que está expuesto y gris, con aroma a café amargo y poemas de Pizarnik.

Referencias

- Aíra, C. (1998). *Alejandra Pizarnik*. Buenos Aires: Ed: Beatriz Vega.
- Coetzee, J. M. (2009). *Verano*. Sudáfrica: Harvill Secker.
- Lautremant, C. (2000). *Los cantos de Maldoror*. Madrid: Editorial pre-textos.
- Lozada, M. (2013). *Mejor Arder*. Ed: Popayán: Universidad del Cauca.
- Pizarnik, A. (1990). *Antología Poética*. Bogotá: Ed: Tiempo presente.
- Pizarnik, A. (2016). *Diarios*. Bogotá: Ed: Lumen.
- Proust, M. (1913). *Por el camino de Swann. En busca del tiempo perdido 1*. Madrid: Alianza Editorial.
- Proust, M. (2016). *En busca del tiempo perdido. El tiempo recobrado 7*. México: Del Bolsillo.
- Rimbaud, A. (2016). *Obras completas* (Mauro Armiño, editor). Vilaur: Ediciones Atlanta.